

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

...“y concebí una federación de ideas,” — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EDITOR

J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual \$ 2.00

EXTERIOR:

Suscripción anual:
\$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

Noticia de libros

Índice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Notas sobre Merchán

(En el Rep. Amer.)

Rafael M. Merchán: *Patria y Cultura*. Selección y Prólogo de Félix Lizaso. Publicaciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura. La Habana, 1948., 277 pp.

Rafael M. Merchán fué un buen escritor porque sufrió, porque escribió como vivió: sintiendo intensamente la incomprensión, el exilio, el flagelo de sus compatriotas. Mas a despecho de tanto padecer, jamás dejó de amar a Cuba y de pensar en los cubanos. Había en él una medida incomensurable de integridad. El júbilo de Cuba era su júbilo y como hombre no dedicado a menesteres mañosos, soportó el dolor como lo soportan quienes aman más allá de su padecer presente.

En esta edición de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación de la República de Cuba se reproducen una veintena de

sus artículos periodísticos. “El bienestar de nuestros hermanos muy bien merece la existencia”, nos dice en *Laboremus*, resumiendo su propia vida. Y cuando en los EE. UU. — en 1869 — alguien menoscaba las gestiones de sus compatriotas revolucionarios, escribe indignado: “Nosotros, los cubanos, no hemos venido aquí, como decís, a mendigar libertad... No hemos venido a pedir vuestro dinero... Hemos venido a pedir justicia... Y hemos venido porque nuestro triunfo interesa al pueblo americano, sino también porque desde que estábamos en la cuna empezaron nuestros padres a hablarnos de vuestra grandeza y de vuestra liber-

dad”. Derrama en esas páginas todo su sentir político.

En el volumen que nos ocupa se reimprimen también algunos de sus trabajos de crítica literaria, tales como sus explicaciones en el prólogo de *Varietades* y sus comentarios sobre la Avellaneda y sus disquisiciones en *Discusión Ortográfica*.

Félix Lizaso escribió el prólogo — publicado también por la *Revista de América*, Bogotá— donde nos narra los años primeros de la vida de Merchán en Manzanillo, Cuba, sus inicios en el periodismo, su intensa labor como escritor, su establecimiento en Colombia, su colaboración con el Presidente Núñez; siempre, como nos dice Lizaso “para contribuir a consolidar la paz en el país.” Y después nos cuenta sobriamente el prologuista los padecimientos de Merchán, víctima de la calumnia, cuando ya anciano salía de Colombia para representar a Cuba en España.

Los elogios de Martí, de Menéndez y Pelayo, de Manuel Sanguily, de Germán Arciniegas encumbran al modesto pero aguerrido cubano, objeto de la insidia de sus compatriotas de menor cuantía. Su vida como la de Martí, fué hecha en el sufrimiento que depura y enaltece al escritor.

Roberto ESQUENAZI MAYO.

Columbia University, New York.

Es posible que desee la ventana cerrada, que se ría de mi gusto por las flores... Pero, ¿me gustarán las flores, en presencia de otro?

Tendré que amontonar mis fiambreras en el estante, para dejarle la mitad a su disposición.

No podré leer de noche ni levantarme por la madrugada a fumar la pipa de todos los amaneceres.

Puede ser sucio, o ruidoso, o no ser aficionado a leer.

Puede ser quisquilloso, o melancólico o uno de esos terribles adoradores de la cultura que tan pronto hacen una pregunta sobre biología como sobre teoría del conocimiento.

Ahora tengo mis cosas esparcidas: libros allí, la americana en ese clavo, el reloj colgando en aquel otro, la mesa toda para mí, a todas horas. Friego cuanto quiero, canto cuando quiero, duermo cuando quiero. No tengo otra cárcel que la puerta y la corneta con sus toques. Entre llamada y llamada, de la puerta para acá, estoy en mi casa, hago cuanto me place.

Y querrá que le cuente cosas mías. Y no podré sacar las fotografías, de vez en cuando, so pena de verme en el trance de explicarle quiénes son los fotografiados, de soportar sus comentarios... Si algún día un amigo de verdad se cuela en mi celda, a escondidas, para charlar un rato, intervendrá con toda naturalidad en nuestra conversación...

Eso será lo peor. Y él podría darle algo, si llegásemos a ser amigos, algo para él. Y al otro, al visitante, también, pero para sólo él. ¡Imposible dar lo mismo a los dos! Ocho hombres pueden formar un grupo interesante. Dos,

si se acuerdan, pueden sacarle gusto a la vida. Tres o cuatro, en cambio, se han de sentir siempre cohibidos... se limitan mutuamente la amistad.

Pero está enfermo, duerme en un colchón de cinco dedos de espesor. Desde donde pone la cabeza, la celda debe parecerle un inmenso tubo interminable... y él está en el fondo... como en lo más profundo de un pozo. Yo lo he pasado...

Y ese banquillo... Ahora lo tengo al lado, me hace de mesilla de noche. Tengo todas las cosas amano; los libros, el tabaco, los lentes. ¡Gran cosa, un banquillo!

El reglamento no indica que los banquillos puedan utilizarse para hacer de pata de una cama coja. No se les ocurrirá darle esta función... porque el reglamento no la prevé.

El reglamento es algo muy curioso. Data de 50 o 60 años. Prohíbe la entrada de botellas, para que no podamos suicidarnos con cristales. Pero entran “termos”, en cambio, de vidrio mucho más fino y cortante. Claro, el “termo” no existía cuando se redactó el reglamento y éste no lo prohíbe.

Eso de que no nos suicidemos constituye una obsesión. Hace dos días pedí que me dejaran abierta la puerta, porque no entra bastante aire y me ahogo. Lo negaron. ¡Y si me tirara del piso a la planta! Puedo hacerlo cuando abren para contarnos o para dar la comida. Así lo dije. Pero eso les importaría poco. Como entonces la puerta estaría abierta en la hora fijada por el reglamento, no habría responsabilidades. ¿No se han preguntado nunca por qué podemos tener deseos de suicidarnos? Bueno, pero, ¿qué hago? ¿Ingiero eso de

la cama para el nuevo, o no?

¿Dónde pondré los libros, sin el banquillo?

¿Es mía la cama, acaso? Y si fuera mía, ¿no sería, antes, de quien la necesitara?

Aquí tengo la suerte de estar enfermo — sí, una suerte—. Gracias a ello —¡gracias!— puedo gozar de soledad —aquí donde no existe—. Y la gozo. ¿Voy a abandonarla por un desconocido?

III

He reproducido esos dos momentos —momentos reales— mucho más llenos de algo parecido a la blasfemia, que cualquier pecado de los que se confiesan.

He deseado confesarlos cual los recuerdo, porque la única manera de hacérmelos perdonar por mí mismo es convirtiéndolos en útiles, dándoles la pequeña eficacia de mostrar la diferencia en las reacciones cotidianas de cualquier de nosotros acarreada por nuestro tránsito a lo largo de los caminos.

Antes, ni habría escuchado el chicoleo en francés ni habría vacilado en compartir mi celda. Lo que haya hecho luego, poco importa. Antes, no habría tenido tan sólo esas asociaciones de ideas, no me habrían pasado por la cabeza.

Dos hechos nimios, insignificantes como microbios. Pero aseguran que los microbios provocan enfermedades, incluso, epidemias.

¿Y con gente así —todos nos vamos pareciendo— hemos de rehacer el gusto a vivir? Con quién, si no?

Buenos Aires, Rep. Argentina.